

patria; pero con lo segundo alteraba el rey substancialmente el pensamiento de su primer ministro, el cual instó al monarca para que levantase su veto, consiguiendo sólo que consintiera en admitir á lord Grenville, y su partido y á los amigos de Fox. El gran orador, que no esperaba más imparcialidad ni justicia en el rey, portóse con tanta nobleza que exhortó á sus amigos se asociasen á Pitt en el gobierno, á pesar de su exclusión; mas ellos se negaron en redondo. Igual acordó adoptó el partido Grenville, de manera que Pitt tuvo que presentar una lista en la que figuraban seis individuos del ministerio Abdigtón. Frustrado el intento de Pitt de aunar en apretado haz todas las fuerzas parlamentarias y nacionales de Inglaterra, la política interior no era susceptible de producir mejores frutos de los que diera hasta entonces; pero en cambio, la exterior había de tomar pronto nuevos rumbos bajo la enérgica iniciativa del eminente hombre de Estado, llamado á regir otra vez los destinos de su patria. Pitt había sido el alma de la segunda coalición, probando en la larga lucha entonces sostenida, la firmeza de su carácter y su indomable voluntad; y todo el mundo comprendía que su presencia en el ministerio iba á ser la señal de la generalización de la guerra. Así como Napoleón quería lanzar al Continente contra la gran Bretaña, Pitt se proponía arrojarlo sobre Francia, con la diferencia de que el primero, para realizar sus miras, necesitaba antes conquistar á Europa, y, en caso de derrota, dejaría expuesto el territorio francés á la irrupción de sus enemigos, mientras Inglaterra le bastaba tender su mano á los oprimidos y atizar el odio de los vejados, estando, además, defendida por su situación de cualquier ataque directo, aunque su terrible adversario parecía decidido á llevar adelante la idea del desembarco.

Aplazada del invierno para la primavera, de la primavera para el estío y del estío para el otoño, la gran empresa de Bonaparte había sido objeto de multitud de modificaciones. Pudo Napoleón dar más amplitud á su proyecto, merced á un atropello de que España fué víctima por parte de los ingleses y que nos movió á declararles la guerra. Nuestra posición era verdaderamente comprometida; pues, diciéndonos neutrales, pagábamos un subsidio á una de las potencias beligerantes, por manera que los embajadores de la Gran Bretaña no dejaban en paz á nuestro gobierno, formulando quejas y reclamaciones con cualquier motivo ó pretexto. España hacía lo posible para desarmar su hostilidad, y, á fin de demostrarles que se limitaba á cumplir estrictamente lo convenido con Francia, manteniéndose en la situación llamada por los escritores de Derecho Internacional de neutralidad imperfecta, mandó suspender, con anuencia del gobierno imperial, el armamento que se hacía en el Ferrol de algunos buques franceses. Temía Inglaterra también por Portugal, y andaba en tratos con nosotros para que saliésemos garantes de la inviolabilidad del territorio lusitano, cuando de pronto, sin aviso ninguno, sin previa declaración de guerra, dió orden á sus cruceros de acometer las naves españolas que encontraran, encargándoles echasen á pique las que no excediesen de cien toneladas. En su consecuencia, el

cinco de Octubre fueron atacadas, á la altura del cabo de San Vicente, cuatro fragatas que venían del Río de la Plata, trayendo seis millones de duros. Los marineros, aunque sorprendidos, se defendieron porfiadamente; pero, al fin, una de las fragatas fué presa de las llamas con toda su dotación, y las otras tres tuvieron que rendirse, siendo conducidas á los puertos ingleses. Esta inicua infracción del derecho de gentes levantó en toda Europa un grito general de indignación, y en el mismo Parlamento inglés resonaron voces elocuentes denunciándola con gran energía. «Si apresáis un navío, dijo á los ministros lord Grenville, podéis ponerlo en libertad; si secuestráis, si os apoderáis del cargamento, podéis indemnizar al propietario; si detenéis, si hacéis prisioneros á los tripulantes, las puertas del calabozo pueden abrirse; mas para un buque incendiado, ido á fondo, ¿qué recurso queda? ¿Quién retirará del seno del mar trescientas víctimas asesinadas en plena paz y podrá volverles á la vida? Los franceses nos motejan con el epíteto de nación mercantil; pretenden que la sed de oro es nuestra única pasión: ¿no tendrán el derecho de atribuir esta violencia á nuestra codicia por los doblones españoles? ¡Ah!, preferible sería haber pagado diez veces el valor de esos doblones y no mancillar el honor inglés con semejante mancha». El pueblo español, exasperado, quería que se rompiesen inmediatamente las hostilidades; pero el gobierno se mostró menos ardoroso, viendo el estado del país, que era deplorable. Pasóse un mes en negociaciones, esperando Carlos IV obtener una reparación decorosa, que no dió el gabinete de Londres, y entonces el monarca español ordenó que, en represalias, se embargara la propiedad de los súbditos ingleses que hubiese en España, y el once de Diciembre publicó el manifiesto declarando la guerra á la Gran Bretaña. Resultado de esto fué que Gravina, nuestro embajador en la corte imperial, y el ministro de Marina francés, Decrés, firmaron, el cuatro de Enero de mil ochocientos cinco, el tratado llamado de París, por el que España se comprometía á tener armados y abastecidos, durante seis meses y á disposición del Emperador, treinta navíos de línea en los puertos del Ferrol, Cádiz y Cartagena, con su correspondiente dotación de infantería y artillería, prontos á obrar en combinación con la flota francesa, acerca de cuyas operaciones se reservaba Napoleón explicarse en el plazo de un mes. Francia, por su parte, garantizaba la integridad del territorio español y la restitución de las colonias que pudiésemos perder en la guerra, ofreciendo, además, si la suerte de las armas le era favorable, influir para que recuperáramos la isla de la Trinidad y se nos devolvieran los caudales que traían las tres fragatas últimamente apresadas. De esta segunda invasión, que tan funesta debía sernos, datan las íntimas relaciones de Napoleón con Godoy, que había de utilizar el primero para invadir el suelo de la patria.

Con el refuerzo que recibía de España la marina francesa y las facilidades que le prestaba el poder disponer de nuestros puertos, adquirieron, como queda indicado, proporciones aún más desmesuradas las concepciones navales de Napoleón, el cual reorganizó

la flotilla realzándola con el nombre de «Establecimiento fijo é inmutable», como si pretendiese disipar las dudas que habían despertado sus continuas metamorfosis, ó hacer creer que estaba en condiciones de bastarse á sí misma en lo sucesivo. Mas todos sus esfuerzos fueron vanos. Las embarcaciones eran muchas, pero estaban mal construídas; se había atendido á la cantidad, sacrificándose la calidad; las tripulaciones se componían de marineros inexpertos, que no habían visto el mar sino en el interior de los puertos ó radas, y las fuerzas militares, de soldados bisoños y de artilleros incapaces de apuntar un cañón. Murió en esto el jefe de la flota, Latouche Treville, de energía indomable, y para sustituirle, designóse al vicealmirante Villeneuve, de carácter irresoluto, «perezoso de cabeza sin serlo de corazón», y que con sus perpetuas vacilaciones desaprovechó, como veremos luego, todas las ocasiones favorables.

Mientras tanto, había llegado Pío VII á París. Napoleón fué á Fontainebleau á recibirle; pero, temiendo mostrarse indiferente en exceso, quiso que su primer encuentro con él pareciese obra de la casualidad; aguardóle, pues, en una encrucijada del bosque, en traje de caza, rodeado de sus mamelucos y de una jauría de cincuenta perros. Los dos soberanos se abrazaron. Cuando subieron al coche, el Emperador ocupó la derecha, no siendo ésta sino la primera de las humillaciones que al Pontífice le esperaban. El dos de Diciembre de mil ochocientos cuatro, se verificó con extraordinaria pompa, en Nuestra Señora, el acto solemne de la consagración. Fué aquello una gran parodia. En los rostros de los actores y testigos se leía el aburrimiento ó la violencia que se hacían para no soltar á reír. Al Papa le exasperó que el Emperador se retardase más de una hora, y el segundo estaba disgustado con aquél, porque el día anterior le había obligado á contraer matrimonio canónico con Josefina, á la que ya tenía pensado repudiar. Observóse que Napoleón no paró de bostezar durante la ceremonia, cuyo anacronismo rayó en lo grotesco cuando el nuevo Carlomagno alzó la voz para jurar mantener la igualdad de los derechos, la libertad política y civil y la irrevocabilidad de los bienes nacionales. El Emperador reservaba una sorpresa al Papa y á los concurrentes, que consistió en que, al ir Pío VII á ceñirle la corona, se la arrebató de las manos para ceñírsela él mismo, contraviniendo á lo prometido por el cardenal Fesch. El Papa protestó después de este hecho, diciendo que si el *Monitor* lo relataba se vería en la precisión de revelar lo pactado.

Pío VII continuó en París varios meses, sin poder conseguir otra cosa, en la esfera de las reivindicaciones de carácter religioso, que el restablecimiento del calendario gregoriano y la retractación de los obispos constitucionales, debida al agrado de sus maneras, no siendo más feliz en el terreno político; de modo que, al abandonar la corte imperial, llevaba llagado el corazón y ardía en deseos de tomar el desquite.

Convencidos los italianos de que era inútil oponerse á la resolución de Napoleón, habían aceptado que se transformara su pretendida República en monarquía, pero pedían

tener rey propio, aunque lo fuese un hermano del Emperador, y que el soberano residiera constantemente en Milán, solicitando, asimismo, no pagar subsidio ninguno para mantener el ejército francés y que se redujese al Austria á dar su aprobación á la mudanza. A Napoleón, dispuesto á hacer su gusto, le importaba poco que los italianos quedasen más ó menos contentos; no obstante, para aminorar en lo posible el mal efecto que había de producir en Europa la creación del nuevo reino, pensó primeramente en darlo á José, y así lo comunicó al Austria y á Prusia, diciendo á la primera «que había sacrificado su grandeza personal y debilitado su poder, pero que se consideraría ampliamente recompensado si podía hacer algo que fuese agradable al Emperador», como si, en último término, Italia hubiese dependido menos de su voluntad reinando su hermano que ceñéndose él la corona. José, sin embargo, negóse á aceptar el cetro que se le ofrecía, «para no tener que renunciar á sus derechos á la corona de Francia»; aunque esto es mirado por algunos como un pretexto; creyendo que el motivo verdadero de su determinación debe buscarse en el estado general de los asuntos y en la inminencia de una guerra continental. Entonces el Emperador inclinóse á que ocupara el trono de Milán el hijo primogénito de Luis, pero éste último estimó la proposición como una ofensa, gritando que «un favor tan señalado daría pábulo y crédito á los rumores que se propalaran cuando ocurrió el nacimiento de aquel niño.» Fracasadas estas dos tentativas, Napoleón, dejándose de miramientos, se resolvió á proclamarse á sí mismo rey de Italia, alegando, para cohonestar su conducta, «que mientras hubiese tropas rusas en Corfú é inglesas en Malta, la separación de las dos coronas sería forzosamente ilusoria»; pero, añadía, esta situación cesará cuando Inglaterra haya evacuado á Malta y Rusia á Corfú.» Tal era la razón que aducía en una nota enviada á Viena; mas al contestar á los diputados de la República italiana en el acto solemne de ofrecerle la corona, se expresó en términos algo distintos. «La separación de las dos coronas, les dijo, necesaria para asegurar la independencia de vuestros descendientes, sería en este momento funesta á vuestra existencia y á vuestra tranquilidad», agregando que guardaría la de Italia, aunque sólo el tiempo preciso que exigieran los intereses de la monarquía. La recepción de los diputados italianos se verificó el cinco de Marzo; el diez y ocho del mismo mes participaba Napoleón al Senado su advenimiento al trono que acababa de crear, y á primeros de Mayo iba á Milán á ceñirse la corona de hierro de los reyes lombardos. Otro objeto tenía también este viaje, y era el distraer la atención de Europa de los preparativos de desembarco en las costas de Inglaterra, que absorbían de cada vez más sus pensamientos, siendo probable que obedecieran á igual propósito las ideas pacíficas que parecían animarle y de que hiciera alarde recientemente en una carta dirigida al rey de Inglaterra, en la cual, empleando igual estilo lacrimoso y compungido que en la otra que le escribió en los primeros días del Consulado, se manifestaba arrepentido de tanta sangre vertida inútilmente y conjuraba al rey Jorge

á no privarle de la felicidad de dar la paz al mundo, pues ya era tiempo de que las pasiones callaran y se oyera tan sólo la voz de la humanidad y la razón. «En cuanto á mí, concluía el Emperador, al expresar estos sentimientos cumplo con un deber santo y precioso á mi corazón.» No contento con buscar el efecto por este medio, tomó como testigo de su abnegación y desinterés, al Cuerpo legislativo, al que dijo en un discurso «que había sacrificado sus resentimientos más legítimos....., que él ponía su gloria, su ventura, en el bienestar de la generación actual....., que el carácter del siglo debía consistir en el reinado de las ideas filantrópicas.» También trató de convencer á los gobiernos de Europa de sus disposiciones conciliadoras. «El paso que he dado, escribió al príncipe de la Paz (se refería á su carta al rey Jorge), habrá sin duda persuadido á S. M. Católica de que no persigo otro fin que el interés y la felicidad de la generación presente.» Por último, cuando participó á los senadores que había aceptado la corona de Italia, esforzó en hacer resaltar la extrema moderación que presidía á todas sus transacciones políticas; pues siendo útil para Francia el haberse anexionado el territorio de la Cisalpina, había preferido reconocer la independencia de ésta en Lyon, y ahora hacía aun más, porque proclamaba la separación de las dos coronas.» En vano, continuaba, buscará pretextos el genio del mal para encender otra vez la guerra con el Continente: ninguna nueva provincia será incorporada al imperio.» Nadie, sin embargo, se dejaba ya seducir por el artificioso lenguaje de Napoleón, y mientras éste corría á coronarse con toda pompa á Milán entre las ruidosas aclamaciones de muchedumbres que habían acudido de los cuatro ángulos de la Península para embriagarse con las mágicas palabras de *patria italiana*, repetida sin cesar, el emperador Alejandro y Guillermo Pitt daban la última mano á la difícil obra que habían emprendido de común acuerdo, redactando tras largas negociaciones el tratado de alianza sobre cuyas bases había de constituirse la tercera coalición.

Como sabemos, el terreno estaba perfectamente dispuesto, y ya el seis de Noviembre de mil ochocientos cuatro, había estipulado Austria con Rusia una convención secreta, análoga á la que el Imperio moscovita tenía de antes firmada con Prusia, es decir, de carácter estrictamente defensivo, no quedando comprometida la primera de las potencias citadas sino para el caso en que Francia intentase alterar con nuevas invasiones el *statu quo*, fuese en Italia, fuese en Turquía. No colmaba esto ni con mucho los deseos de Alejandro; pero Austria no olvidaba cuán terrible enemigo era Napoleón; de suerte que, sin renunciar á vengarse de las derrotas y humillaciones sufridas, no quiso por el momento obligarse á más. Menos cauta ó menos expuesta á los golpes de Francia, Suecia hizo gala de mayor decisión. Ya dijimos que, á la muerte del duque de Enghien, imitó la conducta de Rusia; pues bien, posteriormente, su rey Gustavo IV, á impulsos de ideas caballerescas, propias de otros tiempos, se atrajo con sus actos y demostraciones el odio del Emperador de los franceses, quien, ciego de ira, mandó insertar en el *Monitor* una extensa y

amarga invectiva contra el osado monarca. En vista de esta conducta, el soberano sueco pasó una nota al encargado de negocios de Francia en Stokolmo, ordenándole que abandonara inmediatamente el reino; en dicha nota, se llamaba al emperador Mr. Napoleón Bonaparte. Inglaterra apresuróse á ofrecer su auxilio á Suecia, y el tres de Diciembre de mil ochocientos cuatro, las dos naciones ajustaban un tratado de alianza, en cuya virtud Gustavo IV puso á disposición de los ingleses para las necesidades de la guerra y el fomento de su comercio la ciudad y el puerto de Stralsund y la isla de Rügen, á cambio de lo cual, Inglaterra había de entregar á Suecia un subsidio de ochenta mil libras esterlinas. La inteligencia entre Rusia é Inglaterra tardó algunos meses más en concertarse, pero al cabo convirtiéndose de esperanza en realidad, como hemos adelantado.

Imbuído por las ideas de ambición que acariciaba y por los sentimientos filantrópicos de los jóvenes llenos de ilusiones que á la sazón dirigían la política rusa, el emperador Alejandro había concebido planes magníficos, en los que, á su juicio, era posible reprimir las intrusiones de Francia y asegurar de un modo definitivo la felicidad y la regeneración de los Estados europeos, mediante el reparto equitativo de territorios y la adopción de un derecho público eficaz por todos reconocido. Encargado del ministerio de Negocios Extranjeros de Rusia el príncipe Czartoryski, en reemplazo del canciller Worontzoff, el generoso magnate no tuvo más que una idea, la de restaurar á Polonia, su patria, devolviéndole su integridad é independencia. Este era el fin, que apenas se atrevía á confesarse á sí propio, de todas sus combinaciones políticas, y de tal pensamiento se originó su programa, llamado de alianza de mediación, para pacificar á Europa, acogido con entusiasmo por el Czar. El punto de partida del proyecto consistía en un acuerdo previo entre Rusia é Inglaterra, basado en el principio de la libertad y la prosperidad de los pueblos. Esta era la bandera enarbolada por Francia, el lábaro sacrosanto de donde se hacía derivar universalmente su fuerza y su prestigio; por consiguiente había que arrebatárle á todo trance el precioso talismán y volverlo contra ella. Urgía, en primer término, libertar á los países sometidos á la dominación napoleónica, como el Piamonte, Suiza, Holanda y ayudar en seguida á la misma Francia á escudrir el yugo de Bonaparte, para que pudiera disponer á su arbitrio de sus destinos; después debía inculcársele el convencimiento de que los coaligados, en lugar de pretender aherrojarla, se habían unido para romper las cadenas que la oprimían. El proyecto ruso no ocultaba sus preferencias en favor de la monarquía, pero exigiendo que fuese constitucional y subordinada al restablecimiento de los Borbones en el trono á voluntad del pueblo francés y á la aceptación, por parte de los príncipes restaurados, de la ley política fundamental que previamente votase la nación. No era Francia la única que debía tener gobierno basado en instituciones libres, idéntico beneficio querían otorgar Alejandro y sus consejeros á los demás países de Europa. Se pretendía que prevaleciesen en todas partes «los sagrados derechos de la humanidad; producir el